RCG Y778

Una mandrágora para Enrique Cómez-Correa

MARCELO MENDOZA PRADO
MADRID

Me acaba de llegar la triste noticia de la ocultación definitiva de la Mandrágora.

Todo lo verdaderamente definitivo porta el olor de la fatalidad, haciendo imposible la revisión, el reparo, el pago de cuentas. Leo que la ocultación definitiva de Enrique Gómez-Correa hace oír (de nuevo) a quienes le despiden que con él "se va otro poeta sin haber obtenido el Premio Nacional de Literatura" y otros decires parecidos que quedan muy bien a la hora del funeral.

La ocultación definitiva de algo o de alguien da la posibilidad de estas alabanzas, si es que en verdad lo fueran. Cuando un objeto o ser desaparece, no hay ningún motivo para temerle. Al contrario: a los muertos se les reverencia. Aquello nos permite reconciliarnos con el género humano, reconocer nuestra primigenia bondad frente a nuestra miseria cotidiana y —de paso— congraciarnos con los desaparecidos para que, como pensaban los griegos, éstos no nos exijan pagar las negaciones que les hicimos en vida. Las negaciones en muerte, es sabido, no dejan dormir tranquilo.

Con Enrique Gómez-Correa no se extingue la mandrágora, porque la muerte del especimen no apaga ninguna luz, pero sí la hace ocultarse para siempre.

Estoy seguro que Gómez-Correa nunca pretendió ningún premio ni menos el Nacional de Literatura. Hizo lo contrario a lo que hay que hacer en esos casos, aunque vio con tristeza como, por ejemplo, su antiguo compañero de rutas Braulio Arenas paradójica y patéticamente escribía himnos militares a cambio del apetecido estandarte siendo que para un buen poeta como él aquello asoma como imperdonable.

Enrique publicó más de veinte libros, con tirajes de no más de 300 ejemplares, y numerados, algunos de los cuales puso en librerías pero la mayoría no. Y los que alguna vez estuvieron en un mostrador, lo hicieron por corto periodo: Gómez-Correa estimaba que, pasado algo así como tres meses, sus criaturas debían retornar al origen (a su reducido entorno) porque ya había habido tiempo suficiente para que los interesados —iniciados se enterasen de su existencia. Con esa posición filosófica de autoocultamiento no se gana ningún premio. Para referencias al respecto, preguntar por Juan Luis Martínez.

Poeta y mago

Conocí al poeta y mago en una entrevista que le hice para la revista APSI en el año 86 u 87. Es una de las entrevistas más trabajosas que he hecho: estuvimos dos días enteros, mañana, tarde y noche conversando en medio de los más misteriosos y antiguos textos de religión y alquimia y rodeados de plantas y pinturas originales de Víctor Brauner, Jacques Hérold, Granell y René Magritte, regalos de éstos, sus surrealistas amigos pintores. Estaba postrado en una cama, reaprendiendo a caminar y a escribir. Un cáncer lo tenía así desde hacía algún tiempo. Fue un cáncer furibundo, maldito como todo lo que le atraía. Cuando se lo descubrieron le dijeron: "Le quedan un par de meses de vida y no lo podemos operar porque si lo hacemos existe un 98% de posibilidades de que no pase la operación y sólo un 2% de que sobreviva". Sin disquisiciones, él naturalmente respondió: "Soy poeta, creo en el azar y juego a ese 2%". Ese fue el título de la entrevista. El hecho de que ésta se haya realizado años después de la apuesta, indica que jugó bien. Que su creencia en el azar no era retórica sino tangible y cotidiana verdad, pese a toda la poética que de esa convicción brotaba.

Poco tiempo después, su hija iba caminando por alguna calle de París —donde vive o vivía— y se encontró con Jacques Hérold, el pintor amigo del poeta. Este estaba acongojado porque le acababan de contar que Enrique recién se había muerto en Chile. Ella rompió en lágrimas: aún no tenía idea de que se había muerto papá. Rápido llamó para Santiago. Pero no era cierto: fue el propio papá quien contestó el teléfono; "no, dijo riendo, no estoy muerto, claro que no, estoy escribiendo el próximo libro". Quince días más tarde nuevamente llamaba triste su hija indicándole que su amigo del alma —Hérold— acababa de fallecer de un modo fulminante.

La anécdota es sólo un dato del misterio y de la autoocultación de Gómez-Correa. El último mandragórico, que coqueteaba con la magia y con lo negro ("lo único absoluto es lo negro", dijo), estaba en París, precisamente en el café de la Place Blanche con André Bretón y otros surrealistas, cuando sintió que algo le estaba pasando a Jorge Cáceres, el genial benjamín de la Mandrágora. Bretón le intentó tranquilizar, explicando que Cáceres —a quien admiraba— debía en ese momento estar danzando como buen bailarín que era y, ojalá, escribiendo algún buen poema, y que próximamente lo recibirían en el café de la Place Blanche con bombos y platillos como "el cóndor negro" del surrealismo, como le bautizó el mismo Bretón. La intuición de Enrique pronto se confirmó: en el mismo momento en que un escozor le recorría el cuerpo y él pensaba en el poeta bailarín, Cáceres fallecía en una tina de baño, asfixiado por emanaciones de gas. Lo más misterioso de todo era que tenía consigo una carta de Enrique Gómez-Correa.

Gómez-Correa, que sentía una atracción por la alquimia y por las plantas tan potente que no podía entenderlas, se percató de que el cáncer que a él lo atacó le comprometía la columna y a lo que rápidamente lo llevaba era a su inmovilización total.

—Mire lo que son las cosas —me dijo—, yo me he relacionado con las plantas entendiéndolas como algo mágico cuya potencia no tiene símil en la naturaleza y hoy me he dado cuenta de que está llegando mi fin convirtiéndome en lo que yo más amé: en planta. No le tengo miedo a la muerte, al contrario, la espero con una serenidad difícil de explicar, pero ¿sabe? me da terror el pensar que voy a morir convertido en una de ellas, y me resistiré todo lo que pueda a acabar así.

La Mandrágora

Se resistió. Se resistió con una lucidez inenarrable. No sólo reaprendió a caminar y a escribir. Sino que escribió con una disciplina férrea, construyó varios libros poéticos (entre ellos, uno en que con negro humor señala cómo le viene a buscar la muerte), publicó, preparó sus obras completas.

Su relación con las plantas desde liceano fue potente. El propuso el nombre de La Mandrágora al grupo surrealista (el único que hubo en Chile) que crearon en el Liceo de Hombres de Talca, Teófilo Cid, Braulio Arenas y él en la década del 30. Y la mandrágora era la planta de forma humana que se decía proporcionaba el conocimiento y que en el medioevo gritaba desgarradoramente cuando los príncipes la querían arrancar. Su poesía está cargada de alusiones vegetales y alquímicas, repleta de códigos para iniciados y de claves misteriosas. Pero también está atiborrada de bellísimas imágenes y de una mixtura entre la malditez y la trascendencia difícil de hallar en otro poeta. El norte era lo negro, pero lo negro vegetal; lo que, a pesar de propiciar "el salto al vacío" como la máxima expresión poética le hacía adosar sus textos olor a azufre con un leve aromilla a flores guatemaltecas.

Precisamente ese hedor botánico lo pudo oler en demasía cuando fue embajador en Guatemala, paraíso de las plantas por sobre otra cosa. Claro, porque además de poeta Gómez-Correa fue diplomático de carrera y abogado. Aunque el talante extraño con que ejercía estas dos actividades puede graficarse con la tesis elaborada para licenciarse en Derecho: **Sociología de la locura**, se llamó.

Desde el 86 u 87 lo visité algunas veces. No tuve más noticias de él hasta la aparición —por Ediciones Universitarias— de su libro **El peso de los años**, me parece, porque aquí al otro lado del charco no tengo nada escrito por él, ni sobre él, y todo lo que ahora relato sólo está avalado por la levedad de mi memoria y deseo que sea así. En ese libro aparece el poema donde relata cómo la muerte lo viene a buscar para llevárselo definitivamente. Es un poema de humor negro y vegetal, pero matizado eróticamente con una muerte mujer que lo viene a buscar y a la que él no se resiste sino que dulcemente se entrega con un verso final que dice: "Vidita mía, vayamos, vayamos". Nunca vi a alguien que le dijera a la muerte "Vidita" ni que accediera de un modo tan amoroso a tan occidentalmente macabra proposición: partir. Morir.

Años después, como a fines del 91 o comienzos del 92, intenté volver a verlo. Pero, temía que el cáncer con tanto tiempo pasado en su cuerpo, hubiera hecho que Vidita, sin yo saberlo, ya se lo hubiera llevado. No había leído ninguna noticia al respecto, pero eso no quería decir nada, porque cuando apareció su libro tampoco hubo información; para la prensa Enrique Gómez-Correa no existía y La Mandrágora a lo más podía ser un buen nombre de un nuevo restaurante del barrio alto. Por lo demás, recordaba perfectamente que su mujer me había dicho —en ese invierno del 86 u 87— que los médicos, ahora sí, ya no le daban más de dos meses de vida. Pero recordaba también que él aquella vez me dijo que estaba informado sobre aquello y que no me preocupara porque, a pesar de no importarle partir, a él le quedaba tiempo y el hecho de que su esposa ya hubiera regalado sus finos ternos ingleses no le impediría seguir escribiendo por tiempo insospechado.

Esto último me hizo tímidamente llamarlo. Como antes a su hija, él mismo contestó el teléfono: "no, dijo riendo, no estoy muerto, estoy ocupadísimo escribiendo, pero venga nomás".

Fruto de parte de esas conversaciones —que, como las anteriores, en algún lugar de Chile conservo grabadas— apareció en las revista El Canelo otra entrevista, ilustrada con un retrato que le hizo Magritte y complementada con textos inéditos que por entonces insaciablemente producía. Me pareció que Gómez—Correa estaba más lúcido que antes. Me mostró un par de libros que le habían publicado en Norteamérica (en inglés) y en España. Este último era de un tiraje limitadísimo (como correspondía en él) y estaba ilustrado con grabados originales que su amigo Eugenio Granell hizo para la ocasión. Granell, junto a Matta, es el único pintor surrealista importante vivo, ahora tiene más de 90 años y hace pocos meses le acaban de inaugurar un importante museo que lleva su nombre en Galicia, su tierra natal.

Alquimia y magia

Entonces a Gómez-Correa le quedaban pocos cuadros, pero el hecho, lejos de provocarle tristeza, le ocasionaba una profunda alegría:

—Ya ve —me dijo—, han sido mis amigos pintores quienes han posibilitado mi subsistencia porque han financiado mi lucha por no convertirme en planta.

En efecto: la venta de sus pinturas de Magritte, Brauner, Hérold, etcétera, a coleccionistas y galerías europeas y estadounidenses, le estaba cubriendo el tratamiento de su cáncer feroz y posibilitando que siguiera produciendo alquímicos y mágicos poemas. Hablaba con entusiasmo de otros libros que estaban en diferentes lugares del orbe en fase de publicación, y seguía preparando sus obras completas. Esto último no era trabajo fácil, porque producto de su consecuente autoocultamiento había libros y publicaciones que ni siquiera él conservaba y por ello el trabajo de recopilar esas tiradas reducidísimas era tarea casi imposible. En todo caso, ya por entonces le quedaba poco para la consumación.

Ya pasado el tiempo, estando acá en España, cuatro veces me ha acordado de Enrique Gómez-Correa.

La primera, cuando asistí a una exposición sobre los surrealistas españoles y pude ver que, después de Dalí, Picasso, Miró y Domínguez, Maruja Mallo y Eugenio Granell ocupaban el sitio del honor. Tengo un libro de Gómez-Correa que está ilustrado por Maruja Mallo, de quien era gran amigo.

La segunda vez fue cuando murió la Mallo, hace pocos meses, momento en que la prensa le dedicó muchas páginas.

La tercera, en una larga entrevista hecha hace unas doce semanas a Granell con motivo de la inauguración del Museo Granell —por lo demás, importante obra arquitectónica contemporánea española— en Santiago de Compostela. De seguro allí habrá cosas de Gómez-Correa.

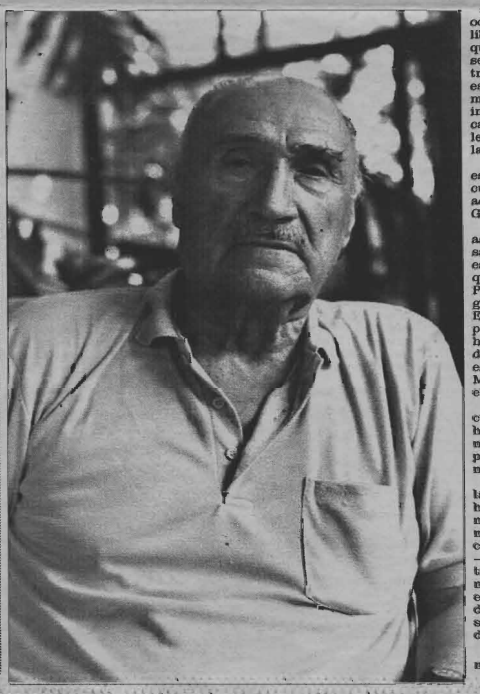
Y la cuarta fue hace muy poco: fue un día viernes en la noche, mientras nos tomábamos unas copas con un amigo en la calle Huertas de Madrid, y nos pasamos la mayor parte de la noche hablando precisamente de él, de Enrique Gómez-Correa y de la alquimia y el misterio de la poesía más autooculta y mágica.

Poco más de una semana después de aquello, ahora llega a mis manos un diario del domingo 30 de julio de 1995 y por él me entero del autoocultamiento definitivo del poeta y mago. Es una noticia triste, porque cuando conversábamos con mi amigo pensaba en que a mi vuelta, una de las primera cosas que haría sería visitarlo para oír su inquebrantable lucidez. Pero también —como lo comenté esa noche— me preguntaba si aquello sería posible: ¿será posible que de la mano de Vidita, tras algo así como 15 años desde que le notificaran que no pasaba de tres meses, todavía no hubiera partido?

La nota periodística no dice nada de cómo murió ni el momento preciso ni nada de nada de sus últimos días. No indica cómo estaba vestida Vidita y si le puso una argolla para desposarlo, como Enrique dice en el poema. Cuando la muerte, sólo se notifica en el funeral del premio que nunca en vida le dieron y de lo lamentable que es de que tras ella quede sellada toda posibilidad de reparo.

Pero sólo el misterio que algunos alquimistas se llevan a la tumba puede explicar que a lo mejor en el mismo momento en que en un bar de calle Huertas en Madrid dos incautos piensen y beban en homenaje del autooculto, éste decida autoocultarse definitivamente en una casa de calle Galvarino Gallardo en Santiago de Chile.

Ese viernes 29 de julio, haya sido o no la fecha exacta de la definitiva desaparición de la Mandrágora yo deseé que cuando esto ocurriera fuera el poeta Enrique Gómez—Correa quien se la llevara sobre su torso.



La nota periodística no dice nada de cómo murió ni el momento preciso ni nada de nada de sus últimos días. No indica cómo estaba vestida Vidita y si le puso una argolla para desposarlo, como Enrique dice en el poema. Pero sólo el misterio que algunos alquimistas se llevan a la tumba puede explicar que a lo mejor en el mismo momento en que en un bar de calle Huertas en Madrid dos incautos piensen y beban en homenaje del autooculto, éste decida autoocultarse definitivamente en una casa de calle Galvarino Gallardo en Santiago de Chile.